

Noviembre 14/2003

CARL SCHMITT Y EL "NECESARIO" ENEMIGO

Por Agustín Saavedra Weise

En julio de 2002 hice una breve nota recordando la teoría del "enemigo" de Carl Schmitt (1888–1985), controvertido pensador alemán cuyas ideas siguen flotando en el ambiente. Más de un año después y viendo lo que sucede en Bolivia y en el mundo, vale la pena recordarlas nuevamente.

Víctor Hugo dijo alguna vez: *"amigo es a veces palabra vacía de sentido, enemigo jamás"*. En la línea de Schmitt, el escritor galo supo valorar la importancia de la enemistad, de la rivalidad irreconciliable.

Schmitt veía en esa potencial enemistad y en el conflicto que caracteriza al fenómeno político, la última línea de defensa que evitaría una mecanización total de la vida humana. Así surge la "necesidad" del adversario, sin el cual "no se puede vivir".

Podemos desgranar hasta el infinito la dicotomía que define a rivalidades casi perpetuas, a dos oponentes encontrados y enfrentados en forma permanente, sea en lides deportivas, en la vida natural, en el comercio como competidores, en la política interna o mundial y en la experiencia cotidiana de cada uno de nosotros.

En esta peculiar relación se observa que subyace el concepto del historiador británico Arnold Toynbee sobre "desafío y respuesta", un elemento crucial para el desarrollo de las culturas sociales y la sobrevivencia de las especies. Es más, se considera que los grandes dinosaurios del período jurásico se extinguieron –entre otro conjunto de causas– por falta de enemigos naturales, lo que les hizo perder vitalidad y capacidad de renovación.

Se cuenta que el analista ruso Gregory Arbatov les dijo en 1991 a los norteamericanos después de la disolución de la Unión Soviética: *"Acabamos de hacerles a ustedes algo mucho peor que cuando los amenazábamos con nuestros misiles nucleares: los hemos dejado sin enemigo"*.

En nuestro pequeño mundo y pese a sinceros deseos de paz y armonía, tampoco faltan los enemigos potenciales a los que debemos enfrentar, a veces a diario y otras veces esporádicamente. Pero una cosa sí es cierta: quisiéramos vivir plácidamente sin el rival, el competidor, sin el enemigo permanente o de turno, pero parece que ello es casi imposible.

El "contrario" forma parte de nuestra existencia y de alguna manera "ayuda" en su desarrollo o declinación.

Schmitt nos recuerda siempre que la vida es lucha y que, sobre todo en política, la distinción entre amigo y enemigo no puede evitarse; está con nosotros como algo inherente al comportamiento social, al intercambio entre grupos e individuos.

Tratando de sacar lo mejor de esta lúgubre doctrina, sobre todo para aquellos que no queremos ni deseamos enemigos, conviene consolarse razonando que sin enemigo no habría dinamismo y quizá ni cambio o redención posible, factores producidos por triunfos o derrotas tanto entre individuos como en el plano colectivo de comunidades, empresas y grupos diversos. Parece que el enemigo es inevitable; de alguna manera ayuda a nuestra propia definición. Parece nomás que el viejo Schmitt tenía razón.

-----000-----